

Don Quijote, mito nacional en el primer franquismo

JOSÉ MANUEL MARTÍN MORÁN
Università del Piemonte Orientale

Resumen

El *Quijote* y don Quijote fueron objeto de una lectura proyectiva en los diez primeros años del franquismo, con tonos y énfasis distintos en función del momento histórico. En este trabajo se hace una reseña crítica de las ideas más representativas de esa apropiación indebida, para tratar de comprender su evolución, desde la utilización inicial del personaje como emblema de los anhelados valores imperiales –el querer ser y la acción desinteresada por el bien de la humanidad–, hasta la identificación posterior con la melancolía del héroe incomprendido, pasando por la excavación ideológica en el *Quijote* en busca del ímpetu utópico falangista.

Palabras clave: lectura proyectiva del *Quijote*, primer franquismo, defactualización de la historia, mito nacional

Abstract

Don Quixote, the novel and the character, were the object of a projective reading in the first ten years of Francoism, with different tones and emphases depending on the historical moment. In this paper, a critical review of the most representative ideas of this misappropriation is made, to try to understand its evolution, from the initial use of the character as an emblem of the desired imperial values –the desire to be and the selfless action of the good of humanity–, to the later identification with the melancholy of the misunderstood hero, passing through the ideological excavation in *Don Quixote* in search of the Falangist utopian impetus.

Keywords: projective reading of *Don Quixote*, first Francoism, defactualization of history, national myth



Una vez concluida la guerra civil, el gobierno franquista hubo de afrontar el enorme reto de la reconstrucción material, cultural y anímica del país. Junto a las infraestructuras, la economía y las instituciones políticas, el Régimen emprendió una refundación de la identidad nacional para hacerla responder a sus valores y su ideología. En esa búsqueda de principios fundantes para la *Nueva España*, no cabía enarbolar banderas ajenas, más o menos deudoras de planteamientos liberales o democráticos, o simplemente regeneradores: no se había desencadenado una guerra civil, cuyo objetivo declarado era la purificación del cuerpo nacional de esos planteamientos, para ahora recuperarlos como si nada hubiera pasado. En razón de ello, la tradición positivista, materialista y regeneradora del siglo XIX, así como la gran herencia del racionalismo iluminista del XVIII, quedaron arrumbadas en un rincón de la historia.

En esa búsqueda de principios fundantes, en tiempos en que aún persistía el ardor guerrero y la euforia de la victoria, resultó, pues, bastante natural dirigir la mirada hacia los momentos de la historia que se creían connotados con el mismo ímpetu y la misma euforia. Así fue como la personalidad simbólica de Falange, implícita en el nombre, el emblema del yugo y las flechas, el saludo romano y demás parafernalia identitaria, llegó a modelar la fisonomía mental de la *Nueva España* a partir del molde del imperio, o sea, del siglo aquel en que España



José Manuel MARTÍN MORÁN, "Don Quijote, mito nacional en el primer franquismo", *Artifara* 25.1 (2025)
Contribuciones, pp. 79-88.

Recibido el 30/12/2024 + Aceptado el 31/01/2025

había diseminado por el mundo la verdadera religión y las virtudes altruistas de la dominación caritativa. Las revistas culturales del periodo (*Garcilaso*, *Escorial*), la propaganda del Régimen y los discursos oficiales se llenaron de referencias a los tiempos, los héroes y las actitudes de la expansión imperial de la monarquía hispánica. La celebración de las efemérides áureas ayudó en la tarea de la construcción de un imaginario imperial; se recordaron las muertes de Juan Luis Vives, Francisco de Quevedo y Francisco de Vitoria respectivamente en 1940, 1945 y 1946 (Gallego, 2014: 411). En ese contexto, el cuarto centenario del nacimiento de Cervantes (1947) no podía pasar desapercibido; para conmemorarlo, se organizaron a bombo y platillo juegos florales, tiradas filatélicas, homenajes universitarios y un congreso internacional, en los que las autoridades y los intelectuales del Régimen establecieron paralelos y definieron las afinidades entre el pensamiento cervantino, y los principios políticos y morales del franquismo.

La operación de asimilación fascista de la figura y la obra de Cervantes es hasta cierto punto emblemática de ese tratamiento de la tradición del que vengo hablando. A los relectores del *Quijote* –la única obra del autor que por lo general se considera–, no les suele interesar el análisis del texto y su importancia para la literatura; no elaboran un ensayo interpretativo a partir de citas concretas y tampoco contrastan sus afirmaciones respecto al carácter y las ideas del personaje con lo que manifiesta y hace en las diferentes situaciones narrativas; su interés por el *Quijote* y, sobre todo, don Quijote se limita a reconocer en ambos, el personaje y la obra, algunas de las ideas o los objetivos del franquismo, utilizándolos como acicate para la acción, en un primer momento, o como tótem moral de un modo de relacionarse con el mundo, cuando las circunstancias históricas impongan un cambio de perspectiva. En realidad, los intérpretes raramente son verdaderos intelectuales, preocupados por elaborar un nuevo paradigma cultural a partir del análisis crítico de la realidad; suelen ser simples militantes falangistas o propagandistas políticos, cuya fe en la tarea no disminuirá por grande que sea la inconsecuencia entre el texto y la lectura que ellos proponen. Sin la presencia o la obra de los intelectuales y artistas de la República, exiliados en su mayoría, los nuevos promotores de opinión sintieron sobre sus hombros el peso de volver a dar nombre a una realidad para la que no tenían muchas claves interpretativas; esta situación de *adanismo cultural*, como se ha dado en llamar, fue la que facilitó el auge de escritores falangistas sin más espesor intelectual que el de un periodista de provincias o un joven en sus primeros pasos de cronista, como podía ser por aquel entonces Francisco Gil Tovar. En ese clima, contaba más el ímpetu que la reflexión, la adhesión al Régimen que la libertad de pensamiento, la voluntad de empresa que el análisis detenido, el libelo épico que el ensayo argumentativo. Y así, mientras las plazas de nuestras ciudades se iban llenando de estatuas ecuestres del dictador, al que los obispos saludaban al modo mussoliniano, para después pasearlo bajo palio cual imagen sagrada; mientras se difundían carteles de su atavío caballeresco medieval y monedas con la inscripción “Caudillo de España por la g. de Dios”; mientras Isidro Gomá, cardenal primado de España, bendecía una guerra fratricida de setecientos cincuenta mil muertos como “cruzada nacional”, se iba elaborando una épica guerrera de la que no se libraba ni siquiera don Quijote, el hidalgo loco que se creyó caballero andante. Y es que el “impasible ademán” aquel del *Cara al sol* de heroicas resonancias era, además de “impasible”, inasequible al sentido del ridículo, como probaría el vitor impunemente pintado en los muros externos de la catedral nueva de Salamanca que proclamaba a los cuatro vientos la gloria inmarcesible de cierto “Generalissimo Franco Mil. Hisp. Glor.”, en referencia, seguramente involuntaria, a la obra de Plauto, *Miles gloriosus*, traducida al español como *El soldado fanfarrón*. Este era el clima y este el nivel cultural.

IMPERIO MISIONAL

En 1942, Manuel García Morente, que ya había defendido en una obra anterior (1938) la tesis de la esencia moral del español como auténtico caballero cristiano, argumentaba en su lección inaugural del curso en la Universidad Complutense (1942: 47) que el imperio español había tenido como finalidad “hacer cristianos y fundar naciones y no factorías de pingüe comercio o bases fortificadas de prudente estrategia”. La conquista de América había sido, según él, “la expresión de lo más profundo del alma hispana: el impulso hacia afuera, a extraverterse, como don Quijote” (1942: 46). Unos años más tarde, en 1948, Francisco Gil Tovar incidía de nuevo en el acto de generosidad cósmica de la acción española: “La conquista y colonización de América tuvo un sentido más misional que otra cosa” (1948: 78) y volvía a plantear el paralelo entre los conquistadores y don Quijote: “Al igual que don Quijote se propuso realizar el bien de la tierra, [...] España tuvo que blandir sus armas para poder llevar el amor”. Estamos ante claros ejemplos, me parece a mí, de lo que Hannah Arendt llamaba *defactualización de la historia* (1971) y modernamente llamamos la *posverdad*, o sea, la ocultación de la factualidad del evento tras la cortina de una interpretación interesada.

El impulso *defactualizador* deriva, a ratos, en verdadero ejercicio de historia ficción, como cuando Gil Tovar (1948: 71) asegura que “si Colón no hubiera venido tan a tiempo para ofrecernos su grandiosa coyuntura, España se habría echado sobre África con igual afán con que lo hizo en América”, o como cuando García Morente afirma que “si Don Quijote no hubiese muerto, al curarse de su locura se habría hecho fraile” (1938: 88), porque el caballero cristiano propende hacia la soledad; propensión esta que García Morente bautiza con un neologismo: el *solitarismo*, una constante del ser español, que explica por qué los grandes autores de la literatura española son genios aislados que no leen a los demás autores (1938: 88-89). Podemos, por tanto, imaginar que, en su visión autárquica de la literatura, la poesía de Garcilaso no le debe nada a Petrarca, ni la de Góngora a Marino, ni el *Quijote* le debe nada al *Orlando furioso*, ni el teatro de Lope a las novelas de Bandello, etc.

Como se puede ver, en estas ideas anida una visión esencialista de la historia, contra la que tanto batallaría Américo Castro en su *España en su historia* (1948), libro reeditado con modificaciones y diferente título (1954, 1962, 1966 y 1971) y, en su estela, el Juan Goytisolo de *Reivindicación del conde don Julián* (1970) y *Crónicas sarracinas* (1982). Para la visión esencialista, los hechos han de ser estudiados no como parte de un proceso de larga duración, con implicaciones sociales, políticas y culturales, ni valorados en el contexto en que se producen, sino como manifestación de cualidades profundas del alma hispana presentes en cualquier momento de la historia. Por eso, para García Morente, “en Roma al español se le conocía en seguida” (1942: 51) y por eso, como al fin y al cabo la tradición uno se la construye a su medida, no puede incluir en esa esencia hispana los elementos que se alejan de su visión purista de la misma:

Amigo o enemigo, maestro o discípulo, el moro es siempre el otro –aunque conviva y colabore en una misma comarca o ciudad–; y es el otro en los dos sentidos inseparables de la *otra* religión y de la *otra* nacionalidad. Frente a ese otro, el español se afirma pues a su vez en la indivisible unidad de su religión y de su nacionalidad propias. [...] Esa contraposición tiene en efecto su origen en una intrusión, en una invasión. La finalidad natural de la vida cristiana y española será, pues, desplazar de la península al musulmán invasor; y por consiguiente, establecer en España la unidad nacional y religiosa. (1942: 56. Énfasis del autor)

La reflexión de García Morente va encaminada a la definición del perfil íntimo del *hombre hispánico*, que, para él, no puede ser otro, como decía más arriba, sino el del caballero cristiano.

Ni que decir tiene que la imagen más acabada de tal perfil será la de don Quijote, como con lapidaria frase se apresura a aclarar el autor, poco antes de una disertación sobre la caballería andante: “El caballero cristiano resume en su silueta cervantina lo más exquisito, lo más puro de la hispanidad inmortal” (García Morente, 1942: 83). Venía a decir lo mismo, unos años más tarde, José María Pemán, incidiendo en esa dimensión transhistórica del ser español: “El *Quijote* es la resonancia de una serie de valores españoles, con una serie de anticipaciones hacia lo moderno y hacia lo universal” (1947a: 29).

DON QUIJOTE EN LAS DOS ETAPAS DEL PRIMER FRANQUISMO

El tratamiento de la figura de don Quijote, como acabamos de ver en estos pocos ejemplos, sigue la evolución de la retórica franquista, a remolque esta de los embates de la historia, en la primera década de la posguerra. Cuando cambie el signo de la Segunda Guerra Mundial, con el desembarco aliado en el norte de África en noviembre de 1942, cambiarán también los tonos y la orientación ideológica de la propaganda del Régimen (Rodríguez Puértolas, 2008: 439). Por de pronto, el conglomerado de organismos, corporaciones, sindicatos verticales y organizaciones políticas adoptará el marbete de *Movimiento Nacional*, con lo que el belicoso nombre de Falange Española Tradicionalista y de las Juntas de Ofensiva Nacional-Sindicalista quedará relegado a un segundo plano; la política de no beligerancia, una fase previa a la de beligerancia en la intención franquista, dejará paso a la de neutralidad, etiqueta, a todas luces, mucho menos comprometedora; al *Estado totalitario* de los primeros años se le llamará, desde 1943 (promulgación de la Ley de Cortes), *Democracia orgánica*, subrayando así la reorientación de la política franquista desde la germanofilia a la aliadofilia. Pero el proceso de desfascistización llevado a cabo por el Régimen para ocultar o, cuando menos, tratar de hacer olvidar a las democracias occidentales su apoyo incondicional a las potencias del Eje, implicó algo más que un simple maquillaje terminológico. Franco trató de enviar señales de acercamiento a los aliados ya desde el verano de 1942, con la sustitución al frente del ministerio de Asuntos Exteriores del cuñadísimo falangista y germanófilo Serrano Suñer por un general aliadófilo y católico, Francisco Gómez Jordana, a la vez que procedía a retirar la División Azul del frente ruso.

El uso de la figura de don Quijote, como apuntaba más arriba, estará en consonancia con el cambio de actitud del Régimen hacia la coyuntura internacional: del vitalismo triunfalista de los primeros años, alimentado por las victorias del Eje, se pasará al desencanto y la melancolía de quien siente la injusticia e incomprensión de la historia hacia postulados que, aun así, sigue percibiendo como acertados, por más que el ultrancismo haya quedado olvidado en el fondo del armario ideológico de los falangistas intransigentes; los demás terminarán por aceptar la acomodación a las nuevas circunstancias del momento histórico, para la que, ¿cómo no?, encontrarán sustento en la figura del don Quijote derrotado que vuelve a casa melancólico y decepcionado, pero con todos sus ideales intactos.

ORTEGUIANOS DE HIERRO EN LA PRIMERA ETAPA

Buen ejemplo de la actitud de los primeros tiempos sería la asimilación entre don Quijote y los divisionistas a la que seguramente daría expresión el libro mencionado por Castro Villacañas (1948: 96) *Don Quijote se va a Rusia*, pero no he podido encontrar rastro de su publicación. Algunos de los primeros constructores del mito de don Quijote franquista abandonan el *adanismo cultural* del momento y acogen en sus páginas las ideas de dos autores ausentes del panorama cultural por muerte y exilio: Unamuno y Ortega. El primero, como es sabido, simpatizó con los golpistas en las primeras semanas de la guerra y las obras del segundo fueron consideradas como prefalangistas por los propios falangistas. De ambos toma Francisco Javier Conde (1941), uno de los ideólogos del Movimiento, la preocupación por la identidad nacional que los dos autores creen ver en la obra maestra cervantina: don Quijote es para Unamuno el héroe que

busca la transcendencia, mientras expresa en su acto de voluntad la clave identitaria de la nación; idea que Ortega recoge en sus *Meditaciones*, el querer ser, como la esencia del español, lo que enraíza su acción en la cultura clásica. Sostiene Conde, en efecto, que don Quijote ha decidido abandonar el *modo cotidiano*, el de Sancho Panza, para adentrarse en el *modo del destino*:

Por vivir muriendo, por dejar que la muerte se haga poderosa en él, gana Don Quijote la libertad de ser en el modo del destino, ahuyenta de sí mismo toda posibilidad casual y provisional, se arranca a lo que cercano se le brinda, lo cómodo y facilón, para entregarse a la sencillez de su destino. (1941: 183)

Cuando Sancho asimile ese modelo existencial del amo, estará preparado para afrontar el gobierno de Barataria. Esta es la gran lección política del *Quijote* y el motivo por el que a su protagonista se le puede tomar como ejemplo a seguir en la refundación de una identidad nacional: la virtud, la elevación ascética del ser, solo se puede conseguir mediante el abandono del *modo cotidiano* y la adopción del *modo del destino*. Claro que esa disposición no es privativa de don Quijote; él no es más que la concreción de la clave del ser español, de la “virtud española” (1941: 171-172), por lo que la propuesta de su figura moral como modelo no es más que una llamada al retorno a las raíces del ser hispánico. En esta afirmación resuenan, de nuevo, los tonos esencialistas de la historia atemporal y eterna de la identidad española que ya escuchábamos en los postulados axiomáticos de García Morente.

Como vemos, el modelo político de Conde, más que a la identidad nacional, parece orientarse hacia la proposición de una actitud vital individual sobre la que poder edificar una sociedad nueva. En esa misma línea, uno de los miembros del primer triunvirato de Falange, el discípulo de Ortega Alfonso García Valdecasas, iba más allá del personaje quijotesco para proponer a su categoría social como modelo vital en su artículo “El hidalgo”, publicado en la misma revista *Escorial* un par de años más tarde que el artículo de Conde:

Hoy es ya claro que el mundo actual tiende a superar esos dos tipos de burgués y proletario, y que la mejor ambición que podemos tener es la de suscitar un tipo de hombre más noble y perfecto que el logrado hasta ahora. Ese anhelo de una renovación del hombre que es al mismo tiempo anhelo de renovación del ser hispánico justifica aquel volver los ojos al tipo humano ejemplar, el hidalgo, que España ha producido. (1943: 9-10)

Sobre la misma idea, asentará su interpretación del *Quijote* el historiador José Antonio Maravall, intelectual combatiente fascista y censor de la primera hora, que más tarde se integraría en el grupo de la revista *Escorial*, refugio de falangistas liberales. En su libro *El humanismo de las armas en Don Quijote* (1948), Maravall defiende que la obra de Cervantes da expresión a una utopía basada en la sociología del hidalgo: contra la sociedad materialista, individualista y estatista que será promovida por la Reforma, Cervantes levanta la idea de comunidad, basada en los valores católicos, el honor y la solidaridad entre sus miembros. Sostiene Maravall que la visión melancólica desencantada de Cervantes en el *Quijote* obedece al orgullo de haber formado parte de un ideal de sociedad alternativo, arrinconado por la historia. En transparencia, se puede leer una asimilación entre la sociedad imperial en su momento de decadencia y la de la España franquista, autárquica y aislada en la comunidad de las naciones. Cuando en 1976 Maravall publique una segunda edición muy corregida, su tesis tendrá una orientación diametralmente opuesta: Cervantes no presenta una utopía, sino una contra-utopía; es decir, en la figura del loco hidalgo, el alcalaíno repudia paródicamente los sueños utópicos del siglo XVI.

DON QUIJOTE EN LA SEGUNDA ETAPA

La referencia al libro de Maravall nos puede servir de pórtico para la reseña de la segunda etapa en el uso del *Quijote* por la propaganda franquista. Ya en septiembre de 1943, pocos meses después del cambio de rumbo en la política internacional del gobierno de Franco, el poeta Ramón de Garciasol (pseudónimo de Miguel Alonso Calvo), escritor militante republicano recalado tras la guerra, la cárcel y la adopción del pseudónimo en las filas de los intelectuales adictos al Régimen, propone en un artículo de la revista *Escorial*, poco antes de publicar una biografía de Cervantes (1944), una lectura del *Quijote* contraria a la vigente por aquel entonces: don Quijote no puede seguir siendo un modelo de acción:

Don Quijote es aviso y escarmiento para quijotadas políticas. La acción individual, atomizada, no sirve para mucho más que nada. La nobleza del propósito no asegura el éxito de la empresa en el mundo real. Es imprescindible reunir los medios adecuados para conseguir un fin. Don Quijote envidia a lo supremo, a la Justicia, pero se le olvida, proporcionarse los instrumentos que posibilitan ese logro. ¿Y qué hizo España, sino acometer quijotesca contra toda suerte de malandrines, encantadores y enemigos de la justicia y de la verdad, con brazo valeroso y corazón esforzado, pero sin sentido colectivo del esfuerzo, sin idea de su posibilidad? Sobraron sentimientos luminosos, elevados; faltaron ideas claras, sabiduría de los fines y memoria de los orígenes. Y se hizo poesía, más perdurable que la Historia; pero las cosechas que sembramos las cogieron los demás. (1943: 443)

Al imperio español, como a don Quijote, viene a decir Garciasol, le faltó pragmatismo y capacidad de comprensión de los propios medios. El ímpetu inicial que deslumbró al mundo no se supo mantener con capacidad política y comprensión de la realidad, por eso el imperio duró solamente un siglo. Garciasol resume su dictamen gráficamente en esta imagen: “Mucha llama y pocas brasas perdurables” (1943: 442). A la euforia inicial de los tiempos de los Reyes Católicos y Carlos V, le siguió el tiempo de la melancolía, ya en las postrimerías del siglo XVI; ese es el estado anímico reflejado en el *Quijote*, obra impregnada de melancolía, la de “un pueblo heroico, que si supo andar por las nubes, no supo hacer otro tanto por la tierra” (1943: 447).

Esa misma falta de pragmatismo en la gestión del imperio que denunciaba Garciasol la aprecia también, en parecidos términos, Gil Tovar (1948: 73) y la trasponen José María Dousinague (1944: 431-432) en el plano de las relaciones internacionales –que se han de basar en un sano pragmatismo y no en el idealismo loco de don Quijote– y Antonio Aróstegui en el plano pedagógico de una nota publicada en el *Boletín de los seminarios de formación del Frente de Juventudes*, para rechazar la identificación total del *Hombre Nuevo* con don Quijote; bueno, un poco sí, concretamente en el idealismo en pro de la justicia y en el rechazo de lo mudable, y un poco no, en lo que tuvo de chiflado “pues ya pasó para nosotros el tiempo de las bobadas” (1948: 81).

En términos parecidos, aunque con actitud menos reflexiva y reposada, y más combativa y rompedora se expresa el joven camisa azul Antonio Castro Villacañas (1948: 81), en otro número de la misma revista:

Don Quijote no es el caballero ideal y revolucionario con que nos quieren hacer comulgar. Don Quijote es, simplemente, la visión amarga de un espíritu genial, el cincuentón que busca de viejo las empresas que no se atrevió a hacer de joven, el burgués reaccionario que solo puede entusiasmar a los viejos de espíritu.

Se trasluce en estas palabras una interpretación del *Quijote* como obra del desencanto, nostálgica y dañina para el espíritu nacional, que se remonta al Byron de “el *Quijote* fue un

gran libro que mató a un gran pueblo” y que reconocemos como más acorde con un momento histórico necesitado de nueva linfa vital para hacer frente al aislamiento internacional del país. Un predecesor de esta lectura de la obra en España sería, sin duda, el noventayochista Ramiro de Maeztu, para quien la obra maestra cervantina es una obra que refleja la decadencia de España (“en el *Quijote* tenemos que ver el libro ejemplar de nuestra decadencia”, 1926: 20). En la constatación de Maeztu, vibra una cuerda distinta a la de Byron, para quien el *Quijote* es la causa de la pérdida de los valores caballerescos en la España del barroco, mientras que para el Maeztu prefascista y aún patriota católico es la consecuencia de ello. Por el caudal del río de Byron y Maeztu fluye, pocos años después, la torrencial arenga del ya definitivamente fascista Ernesto Giménez Caballero (1932: 3), quien aboga por

desenmascarar definitivamente al *Quijote* como el libro más antinacional, peligroso, inmoral y trágico de España. El libro más desterrable de España. El libro más temible y corrosivo de España. El peor veneno de España. Libro sádico que no termina nunca de estrangularnos y dejarnos morir santamente, y así poder intentar una resurrección y un renacer.

No ha de ser casual que tanto Giménez Caballero como Maeztu citen la mencionada frase de Byron en sus dos textos (1926: 57; 1932: 5). Para el primero, la explicación del veneno quijotesco no estaría tanto –aunque también– en la vivencia cervantina del deterioro de la potencia imperial española (Maeztu *dixit*), como en el odio visceral ínsito en su origen étnico:

Yo no sé si en el resentimiento cervantino entrarán, a más de su caso personal, y a más de sus conatos extremistas, burgueses y disolventes, algunas gotas de sangre judía. ¡Esa nariz corvina, esa cargazón de hombros, ese tono rojizo de su pelo y esa piel pálida suya! (1932: 4)

Por los mismos años en que Castro Villacañas, heredero del discurso incendiario de Maeztu y Giménez Caballero, instilaba en sus camaradas jóvenes del Frente de Juventudes un nuevo ardor guerrero, a partir del repudio del tótem avejentado del caballero manchego, por esos mismos años, se iba asentando una lectura más reposada de la obra, fruto de una elaboración crítica en algunos casos profunda, como en el libro citado de Maravall. También para estos intérpretes más sesudos, el orate hidalgo dejaba de ser un héroe para transformarse en el emblema de la incomprensión de los otros, tal y como le estaba sucediendo después de 1945 a la España franquista. En esa línea se manifestaba José María Pemán (1947b), director de la Real Academia Española, anfitrión del acto inaugural del congreso internacional cervantino en ocasión del cuarto centenario del nacimiento de Cervantes, en el que proclamaba *urbi et orbi* que el mundo le debía a Cervantes nada más y nada menos que “la redención del género humano” (1947b: 33). Al año siguiente, Maravall teorizaba explícitamente la idea, como hemos visto más arriba, de la dimensión utópica comunitaria, hidalga y católica del *Quijote*, apartada de la historia por los estados europeos nacientes.

En el mismo acto que Pemán, tomó la palabra también el ministro de Educación de entonces, José Ibáñez Martín, para defender la equiparación de la España de Franco con la de Cervantes; idea que debió de sonarle familiar a Pemán, visto que el año anterior la había puesto por escrito en la conclusión de un artículo de 1946, “La segunda entrada de Don Quijote en Barcelona”:

Esta es la primera entrada de Don Quijote en Barcelona, según la cuentan los capítulos sesenta a sesenta y dos de la segunda parte de su historia. La segunda –muy semejante en todo a la primera– fué en enero de 1939. (1953: 1147-1148)

USOS IMPROPIOS DEL QUIJOTE

Por ese camino no les resulta difícil a los propagandistas del Régimen entresacar equivalencias entre personajes del presente o del inmediato pasado y algunos personajes del *Quijote*. Y así, por ejemplo, para Pemán, en el mismo artículo de 1946 (1953: 1145), “Roque [Guinart] es un sublevado frente a la sociedad, un anarcosindicalista, un «rojo»”. Por su parte, Ibáñez Martín (1947: 11-12), en referencia al heroísmo cervantino en Lepanto, establece una correlación entre los turcos y los rojos:

Lo curioso es que cuando todavía no se ha esfumado, sino que se acrece, esa amenaza del gran turco de la hoz y el martillo sobre los tristes pueblos de Europa y de América, es España, entre las tormentas de un mundo resentido y patético, la que, como un oasis en medio del infortunio, vive atenta a toda clase de problemas espirituales y cita y convoca a sus naciones hermanas para reafirmar, a través de la lengua común cervantina, los mismos y eternos ideales por lo que pudo ser un día madre de pueblos y descubridora de mundos.

La retórica de la España incomprendida, reserva moral de occidente, empieza a tomar cuerpo como representación gráfica y eufemística del aislamiento internacional del Régimen, en el acto en que la figura de Cervantes ha llevado a Madrid a especialistas de medio mundo.

El incendiario Castro Villacañas, por su parte, repite la comparación entre Lepanto y la España franquista y su correlación ‘turcos = comunismo’, elevando su voz una octava más, si cabe, al proponer el siguiente aserto: “Cervantes siempre tuvo a orgullo el haber participado en la División Azul de entonces” (1948: 85). Y, en el mismo tono subido, no duda el pedagogo falangista –recordemos que escribe en el *Boletín de los seminarios de formación del Frente de Juventudes*– de que Sancho fuera falangista (1948: 89) y que tuviera dotes de caudillaje (1948: 93) –en la comparación implícita con quien sería conocido más adelante como “Tonelete” (Goytisolo, 1970: 41), no es dable ver ni asomo de ironía–. Un personaje insólito en estos usos interesados de los del *Quijote* le sirve a Montero Díaz para arremeter, no contra el universo mundo, como los escritores que acabo de citar, sino contra los revolucionarios acomodaticios que tanto abundan por los años 1945, 1946 y 1947, en que repite su conferencia “Quijotismo y palomequismo”:

Inhibirse de la acción, aceptar con inercia la propia fe, desertar ante quienes representan *en acto* esa fe viviente, soñar a veces en el más alto mundo y servir constantemente el más bajo: he ahí la esencia del *palomequismo*. (1957: 168. Énfasis del autor)

A MODO DE CONCLUSIÓN

Como síntesis del razonamiento anterior, propongo la proyección de la propaganda franquista en torno al mito de don Quijote sobre la estructura del modelo de relación con el mundo del personaje cervantino, que, a mi ver, pasa por las siguientes fases:

1. Alonso Quijano se constituye como personaje sobre la base de la voluntad de ser caballero andante y de intervenir en el mundo.
2. Ante un elemento de la realidad pretendidamente caballeresco, don Quijote comete un error de valoración.
3. Acomete la acción redentora.
4. Sufrir la correspondiente derrota.
5. El diálogo posterior al episodio deja constancia de la recepción por parte de los demás personajes de esa acción y esa derrota.
6. Vuelta a casa derrotado.

Los propagandistas de la primera etapa, los que escriben aún al rescoldo de la hoguera bélica, imbuidos de ímpetu guerrero e ideales de construcción del *Nuevo Estado* y el *Hombre Nuevo*, no suelen pasar de la primera fase de las seis reseñadas. A ellos solo les interesa el don Quijote voluntarista, impetuoso y acometedor de empresas nobles, como expresión de las esencias españolas presentes hasta en época prehistórica. No tienen en cuenta, pues, su relación con el mundo, cuáles son los efectos de su acción y las consecuencias para él, ni tampoco la consideración que recibe por parte de los otros personajes. Los propagandistas de la segunda etapa, en cambio, con el recuerdo de la guerra un tanto alejado, baqueteados por la historia e inmersos en las diatribas internas del falangismo, amplían su visión del personaje y consideran las seis fases descritas, pero se dividen en la interpretación general de las mismas: algunos, como Castro Villacañas, en la línea de Giménez Caballero, subrayan el carácter irrisorio de un personaje que no puede ser visto como un modelo; otros, como Pemán, Ibáñez Martín, Doussinague, Aróstegui o Gil Tovar, subrayan en cambio lo justo de la acción de don Quijote y lo injusto de la incomprensión ajena, salvando así la dimensión mítica del caballero y la posibilidad de la identificación de la España autárquica con el protagonista cervantino.

Todos ellos, hasta quienes niegan la dimensión mítica de don Quijote, ven al caballero loco como una especie de fetiche que sintetiza los valores de la *Nueva España*, tanto para reafirmar esa equivalencia, como para negarla. Una escena narrada por Rodríguez Puértolas (2008: 445-446) resume gráficamente, a la perfección, esa dimensión de fetiche nacional del personaje de don Quijote de la que estoy hablando:

Mucho más impresionante fue la jura de los componentes de las varias Academias en diciembre de 1939, ideada por Eugenio D'Ors. Ante un crucifijo, los Evangelios y un ejemplar del *Quijote* decorado con el yugo y las flechas, los académicos respondían a esta fórmula: "Señor académico: ¿juráis por Dios y por vuestro Ángel Custodio servir perpetua y lealmente a España, bajo su Imperio y normas de tradición viva; en su catolicidad, que encarna el Pontífice de Roma; en su continuidad, representada por el Caudillo, Salvador de nuestro pueblo?"

Pues bien, según revela García Martín (2014: 762), esa ceremonia, con el mismo protocolo de decorados y juramentos, con el *Quijote* ornado con el emblema de Falange y definitivamente convertido en tótem del Régimen, había sido institucionalizada como proceso de readmisión en los cargos anteriores a la contienda por un decreto publicado en el Boletín Oficial del Estado de 8 de enero de 1938.

Bibliografía

- ARENDR, Hannah (1971) "Lying in Politics: Reflections on The Pentagon Papers", *The New York Review of Books*, 18 noviembre.
- ARÓSTEGUI, Antonio (1948) "La Hispanidad, en marcha", *Boletín de los seminarios de formación del Frente de Juventudes*, 8, pp. 81-82.
- CASTRO, Américo (1948) *España en su historia*, Buenos Aires, Losada.
- (1954) *La realidad histórica de España*, México, Porrúa.
- CASTRO VILLACAÑAS, Antonio (1948) "Cruz y raya a Don Quijote", *Boletín de los seminarios de formación del Frente de Juventudes*, 10, pp. 79-100.

- CONDE, Francisco Javier (1941) "La utopía de la ínsula Barataria", *Escorial*, 7, pp. 169-201.
- DOUSSINAGUE, José María (1944) "Diplomacia y quijotismo", *Escorial*, 17/52, pp. 427-434.
- GALLEGO, Ferran (2014) "El fascismo español y el mito de don Quijote. Una revisión", *eHumanista/Cervantes*, 3, pp. 396-418.
- GARCÍA MARTÍN, Pedro (2014) "El Quijote en el nuevo orden del franquismo", *eHumanista*, 28, pp. 759-789.
- GARCÍA MORENTE, Manuel (1938) *Idea de la Hispanidad*, Madrid, Espasa-Calpe.
- (1942) *Discurso correspondiente a la apertura del curso académico 1942-1943. Ideas para una filosofía de la historia de España*, Madrid, Gráfica Universal.
- GARCÍA VALDECASAS, Alfonso (1943) "El hidalgo", *Escorial*, 27, pp. 9-36.
- GARCÍASOL, Ramón de (1943) "La herida del imperio", *Escorial*, 35, pp. 441-448.
- (1944) *Vida heroica de Miguel de Cervantes*, Madrid, Editora Nacional.
- GIL TOVAR, Francisco (1948) "El quijotismo en España", *Boletín de los seminarios de formación del Frente de Juventudes*, 8, pp. 71-75.
- GIMÉNEZ CABALLERO, Ernesto (1932) "La vuelta de Don Quijote", *La Gaceta Literaria*, 122, pp. 3-6.
- (1938) *Genio de España. Exaltaciones a una resurrección nacional y del mundo*, Zaragoza, Heraldo de Aragón.
- GOYTISOLO, Juan (1970) *Reivindicación del conde don Julián*, Barcelona, Seix Barral, ed. de 1976.
- (1982) *Crónicas sarracinas*, Barcelona, Ruedo Ibérico.
- IBÁÑEZ MARTÍN, José (1947) "Símbolos hispánicos del Quijote", *Revista Nacional de Educación*, 74, pp. 9-23.
- MAEZTU, Ramiro de (1926) *Don Quijote, don Juan y la Celestina*, Madrid, Austral, ed. de 1968.
- MARAVALL, José Antonio (1948) *El humanismo de las armas en Don Quijote*, Madrid, Instituto de Estudios Políticos, ed. de 1964.
- (1976) *Utopía y contrautopía en el "Quijote"*, Santiago de Compostela, Pico Sacro.
- MONTERO DÍAZ, Santiago (1957) *Cervantes, compañero eterno*, Madrid, Aramo.
- PEMÁN, José María (1946) "La entrada de Don Quijote en Barcelona", en *Obras Completas*, Madrid, Escelicer, ed. de 1953, vol. V, pp. 1145-1148.
- (1947a) "De la cuarta y definitiva salida de Don Quijote de la Mancha" (Conferencia pronunciada en el Ateneo de Madrid el día 9 de noviembre de 1946), *Revista Nacional de Educación*, 68, pp. 8-32.
- (1947b) "Sobre las interpretaciones del Quijote", *Revista Nacional de Educación*, 74, pp. 24-34.
- RODRÍGUEZ PUÉRTOLAS, Julio (2008) *Historia de la literatura fascista española*, Madrid, Akal.

